

bakeazbakeazbakeazbakeazbakeaz

**Educar para la paz
desde la guerra**

Anna Bastida

Escuela de Paz | 6

Dirección: José Ángel Cuerda, Xabier Etxeberria y Josu Ugarte

Coordinación editorial: Blanca Pérez

La **Escuela de paz** es un lugar de encuentro y de diálogo, un instituto de formación e investigación, un centro de información y documentación, un equipo de consejo, mediación e intervención en el medio escolar, y un instrumento de análisis crítico y de denuncia pública, que nace con el objetivo de educar en una cultura de paz fundada en la promoción de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, del desarrollo sostenible, de una ciudadanía democrática y cosmopolita, y de una ética cívica basada en la tolerancia y la solidaridad intercultural.

Bakeaz es una organización no gubernamental fundada en 1992 y dedicada a la investigación. Creada por personas vinculadas a la universidad y al ámbito del pacifismo, los derechos humanos y el medio ambiente, intenta proporcionar criterios para la reflexión y la acción cívica sobre cuestiones relativas a la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación teórica entre economía y ecología, las políticas hidrológicas y de gestión del agua, los procesos de Agenda 21 Local, las políticas de cooperación o la educación para la paz y los derechos humanos. Para el desarrollo de su actividad cuenta con una biblioteca especializada; realiza estudios e investigaciones con el concurso de una amplia red de expertos; publica en diversas colecciones de libros y boletines teóricos sus propias investigaciones o las de organizaciones internacionales como el Worldwatch Institute, ICLEI o UNESCO; organiza cursos, seminarios y ciclos de conferencias; asesora a organizaciones, instituciones y medios de comunicación; publica artículos en prensa y revistas teóricas; y participa en seminarios y congresos.

Esta publicación está impresa en papel reciclado.

Las opiniones expresadas en este ensayo no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.

La edición de esta publicación ha sido posible gracias a la financiación de la **Dirección de Derechos Humanos y Cooperación con la Justicia** del Gobierno Vasco.

© Anna Bastida, 2004

© Bakeaz, 2004

Santa María, 1-1º • 48005 Bilbao

Tel.: 94 4790070 • Fax: 94 4790071

Correo electrónico: escueladepaz@bakeaz.org

<http://www.bakeaz.org>

ISSN: 1698-2258

Depósito legal: BI-3307-03

Índice

- **¿Por qué tratar la guerra en el aula?** 6
- **¿Cómo se puede tratar la guerra en el aula?** 8
- **La guerra de los niños y las niñas** 9
 - Algunos datos básicos 10
 - ¿Un problema nuevo? 10
 - Los niños y niñas como víctimas de las guerras 11
 - Los niños como parte activa de la guerra: niños (y niñas) soldados 12
 - La excepción: felicidad infantil en tiempos de guerra 15
 - El día siguiente 15
- **Para terminar** 16
- **Fuentes informativas: una selección** 17

Este texto procede de dos trabajos publicados, en lengua catalana, en sendas revistas:
Perspectiva Escolar (noviembre de 2003) y *Guix* (marzo de 2004).

La educación para la paz la estrenamos, oficialmente, junto con los currículos que nos proponía la reforma educativa de los años ochenta, que también introdujo el reconocimiento explícito de la educación en valores. Y decimos «oficialmente» porque ya existía tradición de educar para la paz, aunque fuese a modo de práctica educativa fuera de las escuelas o bien como materia introducida de forma voluntaria por el profesorado, al margen de las programaciones formales.

Bastantes años después, cuando los ejes (o temas) transversales ya parecen prácticamente condenados a la condición definitiva de *marías*, la educación para la paz nos es todavía necesaria. Y mucho. Los valores que propone y los asuntos que engloba se nos antojan indispensables en la educación. Dejamos de lado, de momento, el hecho de que los ejes transversales hayan quedado arrinconados, para fijarnos en la situación de oposición manifiesta que se da entre los valores que declaradamente promovemos en el sistema educativo y los que rigen —o se quiere que rijan— en nuestra sociedad y en las que le son semejantes. A menudo, esta oposición se observa también dentro de la escuela. Por poco que nos esforcemos, se nos ocurre que el individualismo, la competitividad o el consumismo tienen una presencia muy marcada en nuestra cotidianidad, en tanto que las doctrinas educativas proclaman la solidaridad y el consumo crítico.

En cuanto al ámbito específico que se aborda en este trabajo, la educación para la paz, éste aprendizaje implica unos valores positivos basados en la gestión y en la resolución no violenta de los conflictos, en la preeminencia del diálogo, la negociación y el acuerdo como instrumentos procedimentales, y en la consecución de decisiones que sean satisfactorias para todo el mundo, esto es, que no generen vencedores y vencidos, sino que permitan a todos ganar, aunque no ganen todo lo que querrían.

Pero si miramos el mundo que nos rodea, pocas ocasiones encontraremos en las que los valores educativos se respeten y se promuevan de verdad —aunque las declaraciones oficiales simulen a menudo hacerlo, al mismo tiempo los hechos lo desmienten—. Si se nos permite una simplificación, caracterizaremos este amplio escenario de la manera siguiente:

- Pertenece a una civilización extremadamente belicosa que ha inventado —y sigue inventando— los artefactos de destrucción más potentes de la historia, que hace enormes gastos en material de guerra incluso en tiempos de calma y que tiene cierta tendencia a priorizar el uso de las armas como herramienta para alcanzar objetivos políticos y resolver conflictos de intereses, en detrimento de las vías de diálogo.
- Arrastramos una tradición bélica milenaria que ha facilitado que nos hayamos acostumbrado a la guerra, que ésta no nos parezca extraña, que no nos fijemos demasiado en ella, hasta el punto de que casi nos parece tan natural como una granizada.

- Vivimos en una época inestable, en la que los conflictos armados son más numerosos de lo que nos imaginábamos en los momentos optimistas del fin de la guerra fría. Estas guerras, que comprometen gravemente el futuro de muchas zonas del planeta, en particular de las que forman eso que llamamos el Sur, tienden a ser muy duraderas y a afectar preferentemente a la población civil.
- Asistimos a una evolución de la forma de trato entre Estados que parece ofrecer un espacio cada vez mayor al uso de la fuerza, en especial por parte de los más fuertes, quienes tienden a ignorar las normas más o menos compartidas y aceptadas de la legislación internacional.
- Finalmente, el hecho de que las guerras terribles que nos muestran los medios de comunicación no nos afecten de un modo directo no puede hacernos olvidar que también nosotros tenemos algo que ver en su existencia: producimos y exportamos armamento (a veces de manera legal; otras, no tanto); colaboramos directamente en guerras que se libran en otros países y desempeñamos papeles que no siempre son humanitarios; sufrimos situaciones de violencia política dentro de nuestras propias fronteras.

Todo ello convive con la costumbre, cada vez más enraizada, de emitir proclamas de apariencia pacífica y de hacer un uso cínico de palabras que expresan conceptos que deberían ser sagrados para la convivencia, como *democracia*, *paz* o *libertad*, pero cuya utilización las deja gravemente trilladas. La fórmula empleada, no hace mucho, para calificar la guerra de agresión contra Irak, «guerra para instaurar la libertad», puede servir de ejemplo de esa forma de devolar y desvirtuar conceptos básicos y de promover la confusión.

En resumen, las circunstancias que nos rodean muestran la necesidad de impulsar la paz. A la guerra parece que le sobran promotores.

A nuestro entender, los objetivos generales de la educación para la paz se podrían sintetizar en cuatro puntos:

- Aprender a evaluar los conflictos como situación potencialmente positiva.
- Aprender a gestionar y a resolver los conflictos de manera no violenta y ventajosa para todas las partes.
- Conocer los rasgos característicos, los motivos y los resultados de las guerras, también de las actuales.
- Contribuir a alejar el riesgo de guerra y a facilitar el final de las que ya están declaradas.

Una simple mirada permite descubrir que entre los dos primeros objetivos y los dos segundos hay una diferencia de escala: abarcan ámbitos distintos.

El primero es el territorio que nos resulta más cercano; el segundo incluye el escenario de las relaciones entre sociedades o países, es el espacio de la *comunidad internacional*. El primer grupo de objetivos se puede trabajar en el aula mediante lo que Paco Cascón llama «educar en y para el conflicto» (2001), es decir, educar a partir de la convivencia cotidiana para acostumbrarse a saber actuar en las situaciones conflictivas, aquellas que afectan de manera indefectible a la vida de los humanos, y a reaccionar por medio del uso de la palabra, la empatía, la cooperación, el compartir, la desvinculación de la masculinidad y la violencia, etc. En definitiva, se trata de una tarea centrada en valores, actitudes y procedimientos.

Los otros dos objetivos abarcan asuntos que ocurren fuera del aula, aunque pueden repercutir en ésta de forma más o menos directa, y su aprendizaje implica una presencia mucho más visible de hechos y conceptos, junto con la de valores, actitudes y procedimientos: ahora es la guerra la que visita el aula y la que plantea interrogantes a niños y niñas y a jóvenes. Es este segundo ámbito el que vamos a abordar.

• ¿Por qué tratar la guerra en el aula?

La guerra forma parte de una *familia* de conceptos sociales que son ineludibles para entender el pasado y el presente: conflicto, violencia, agresión, defensa, armamento, conquista, destrucción... Todos constituyen instrumentos necesarios para explicar gran cantidad de situaciones sociales, tanto históricas como contemporáneas. Dichos conceptos enlazan con una serie de valores y contravalores muy enraizados en la convivencia en y entre las diferentes sociedades humanas, las cuales, de una u otra forma, se han planteado y se plantean preguntas del tipo:

- ¿Cómo se puede conseguir ese objetivo? ¿Por la fuerza o con diálogo?
- ¿Cómo es esta guerra? ¿De agresión o defensiva? ¿Nos parece legítima o ilegítima?

Las decisiones que se adopten en relación con el uso de las armas —qué armas elegir, por qué utilizarlas y cuándo hacerlo, contra quién, cómo...— son muy importantes, ya que pesan mucho en la vida de las personas, tanto en un plano individual como colectivo.

La guerra es una experiencia extrema que deja hondas marcas en la memoria y en los sentimientos de quienes la hacen y la sufren y transforma los paisajes por ella tomados como escenario. Pero también deja posos diversos en la evolución de las técnicas y en la situación de los agentes productivos, así como en las costumbres, las modas y los estilos de vida de la gente. Las guerras van acompañadas de grandes rupturas. Los enfrentamientos armados separan a las personas, diezman familias, obligan a hombres y mujeres a huir de sus casas, los condenan a pasar miedo. Pueden hacer desaparecer para siempre los testimonios materiales de culturas admirables —intencionadamente o bien como *efecto colateral*—. Arrasan los cultivos, llenan la tierra de minas y de explosivos y el agua de venenos de todo tipo, en tanto que vacían de árboles los bosques. Sus agentes contaminantes pueden durar varias generaciones. En lo que se refiere al impacto positivo de la guerra en la evolución tecnológica, los estudiosos no se han puesto todavía de acuerdo, si bien se reconoce el hecho de que primero fue el ejército y después la industria: la organización de las tropas y su conversión en una única máquina hecha de muchos individuos capaces de actuar al unísono, como las piezas de un reloj, es un precedente claro de los métodos de producción modernos.

Con todas estas afirmaciones no albergamos la esperanza de haber revelado al lector grandes novedades. Lo que se ha pretendido, más bien, es ofrecer un recordatorio general. Si nos acercamos un poco más a nuestra realidad —llamémosla— *occidental*, y con ello tampoco haremos algo más que sintetizar hechos bien conocidos, podremos constatar, de entrada, un curioso contraste: mientras que las cuestiones bélicas ocupan un lugar privilegiado en los medios de comunicación, en la escuela desempeñan un papel secundario. Dicho de otra forma, en los periódicos y telediarios se concede un espacio considerable a las guerras (a algunas guerras, de hecho), y en las películas, tanto en las destinadas a la pantalla grande como a la pequeña, los combates de todo tipo y de cualquier época tienen papeles estelares. En cambio, en la escuela cumplen funciones de comparsa: nos sirven de hito —casi de muleta— cronológico, de justificación para explicar algunos cambios históricos. Pero como fenómeno social en sí misma, como situación muy especial en la que las personas hacen y sufren cosas muy diferentes de las que provee la vida *normal*, la guerra reclama mucha menos atención en los centros educativos que la imprenta o la industria, a pesar de que su presencia es bastante más duradera en el tiempo y está más extendida en el espacio.

Tampoco inventaremos nada si decimos que los medios de comunicación reflejan la sociedad a la que se dirigen, son «el espejo del reino», como dice Enrique Lynch. Y esta sociedad o sociedades —todavía hablamos de *Occidente*—, o por lo menos sus grupos dominantes, alimentan unos tópicos claramente belicistas que implican afirmaciones del tipo: «La guerra es un mal, pero un mal inevitable». O bien: «El recurso a las armas es útil porque sirve para resolver los conflictos y traer la paz».

Por eso existe la convicción de que debemos prepararnos para tal situación; y los presupuestos de nuestros Estados dedican a este apartado cantidades ingentes de dinero que sirve para proveernos de unos arsenales de dimensiones sin precedentes y con capacidad de *sobreexterminio*, esto es, de hacer desaparecer varias veces todo atisbo de vida de este planeta. La vieja consigna latina que aconsejaba «*si vis pacem, para bellum*» (si quieres la paz, prepara la guerra) mantiene entre nosotros una vigencia milenaria. Y, según las apariencias, no parece que nuestros gobernantes vayan a querer renunciar a ella.

Hay quien considera que ocuparse de la guerra en el aula no tiene ningún interés, puesto que la lucha armada constituye un fenómeno de violencia irracional imposible de explicar, especialmente cuando se trata de enfrentamientos de tipo civil. Esta opinión es errónea, pero tiene su razón de ser si la persona que la defiende se refiere a guerras actuales y sólo cuenta con fuentes informativas procedentes de medios de comunicación corrientes, los cuales acostumbran, en general, a difundir imágenes impactantes e informaciones elementales muy escasas, a menudo acompañadas de la calificación de los bandos enfrentados de *buenos* o *malos*. Además, la cobertura de este tipo de noticias suele ser breve, de modo que resulta muy difícil hacer una interpretación del conjunto si no se dispone de información complementaria.

Pero son precisamente esas fuentes informativas las que están al alcance del alumnado, y las que nosotros deberíamos complementar y matizar y, si es el caso, contrarrestar. Ello significa que una de las cosas básicas que habría que tener en cuenta es el hecho de que la guerra puede parecer irracional en su desarrollo —por ejemplo, por la comisión de actos de violencia extrema, cuya finalidad parece incomprensible más allá de la simple satisfacción de instintos o tendencias monstruosas—, pero su planteamiento general, a menudo oculto, es siempre racional.

Para llegar ahí deberemos acercarnos más a nuestro objetivo: ¿y qué veremos si miramos la guerra con atención monográfica? Vista de cerca, la guerra se nos presenta como una institución social más, es decir, una forma de actuar creada por las sociedades humanas, sin nada que ver con los instintos y, en cambio, muy ligada a la cultura. Se trata de un comportamiento aprendido, enmarcado en una tradición milenaria, pero nada *natural* y, por tanto, perfectamente rechazable. Esta última característica, el que sí es evitable, resulta muy evidente cuando se comprueba que los motivos alegados para iniciar una guerra concreta no son generalizables a todos los casos, ni tan siquiera a muchos, y que un conflicto basado en circunstancias casi idénticas se resuelve unas veces por la vía del diálogo y otras con el uso de la fuerza. De hecho, es fácil comprobar que siempre hay unos actores, unos sujetos que, con unas u otras razones, deciden hacer la guerra después de un proceso determinado: un enfrentamiento armado nunca llega por sí mismo —no se trata de una reacción automática a unas circunstancias determinadas— ni de repente; y tampoco se deriva de un simple arranque de cólera o de rabia.

Entonces, si la guerra no es inherente a la naturaleza humana ni inevitable, puesto que cuando se declara significa que ha habido alguien que así lo ha querido, pensado, planeado y preparado, ¿por qué la hacemos? Si se trata de una situación en la que muchas personas mueren y sufren y que deja un legado duradero de destrucción, ¿por qué existe? Para empezar, habrá que reconocer que la guerra presenta ventajas políticas notables, porque —si se gana— permite tomar decisiones unilaterales, esto es, alcanzar los objetivos que se pretendían sin necesidad de discutir, negociar o compartir con el adversario, el cual deberá plegarse a los deseos del vencedor: la victoria da derecho a elegir y a actuar en solitario en beneficio propio.

Se dice que la guerra es el fracaso de la política o, lo que es lo mismo, de la palabra. Cuando hablan las armas es que las personas ya han callado —siempre por voluntad de alguien—. Pero también se da el caso de no haber podido llegar ni siquiera a hacer uso de la palabra, porque, de entrada, el agresor ha considerado que la vía de las armas es la que más le favorece. El resto de las circunstancias no pesa en su decisión.

¿Y por qué la aceptamos? Los especialistas aducen que nos hemos acostumbrado a ella. Tenemos una experiencia de milenios, a lo largo de los cuales la guerra ha sido poco cuestionada y, a la vez, ornamentada con aditamentos nada despreciables: la gloria, por ejemplo, que ha acompañado a los guerreros más terribles y a los soldados más decididos. El arte y la literatura la han recreado y han contribuido a que nos muestre facetas atractivas, aun cuando no todo han sido alabanzas. Las situaciones límite que depara el combate han convertido éste en vocación de muchos: no hay riesgo extremo capaz de hacerle sombra, es la aventura suprema, se nos ha dicho. Mientras tanto, la tradición de recurrir a las armas le ha otorgado un mínimo de legitimidad en el ámbito de la política internacional. La guerra se ha convertido en una carta un poco sucia, pero digna de participar en el juego; o, si se prefiere, en la operación quirúrgica dolorosa, pero necesaria en tales y tales casos (pónganse los ejemplos que se consideren pertinentes). Y, en fin, allí, al lugar al que no llegan la legitimidad, la costumbre o el gusto, pueden llegar la fuerza y la coacción...

Eliminar la guerra costará mucho, por la profundidad de sus raíces y por los efectos —tanto directos como *colaterales*— que es capaz de reportar a quien se sirve de ella en buenas condiciones. Para quien es muy fuerte —y también para quien se siente muy desesperado— es, a menudo, una tentación insuperable. Pero eso no quiere decir que haya que aceptarla: el precio que representa en sufrimiento humano siempre es demasiado caro, y no suele pagarlo quien se beneficia de los resultados positivos (cuando los hay). Y, además, siempre hay posibilidades diferentes del uso de las armas. Las palabras, por ejemplo.

Por otra parte, los asuntos relativos a la seguridad afectan al conjunto de la ciudadanía, y el hecho de que en ella radica la soberanía del Estado democrático significa que debe conocer los datos relacionados con este campo, a fin de poder expresar su opinión al respecto. Las materias concernientes a la seguridad, esto es, quién, cómo y por qué nos amenaza (o así nos lo parece) y la forma en que se puede neutralizar esa amenaza o apariencia de amenaza, y quién, cómo y por qué está (o se siente) amenazado por nosotros y cómo querrá o podrá neutralizar tal amenaza o apariencia de amenaza, no constituyen algo tan complicado como algunos *expertos* nos quieren hacer creer, aunque sí *comprometido* desde el punto de vista político; pero ello no debería ser óbice para que pasen a formar parte de los contenidos que se abordan en las aulas.

Entonces, ¿por qué no se le da a la guerra el papel que se merece, dado su peso y su consistencia? Parece indiscutible el hecho de que ignorar una parte importante de la realidad (y la guerra no es la única) no suele ser un acto inocente. En este caso quizá podríamos interpretar este vacío según la creencia de que si de algo no se habla —no se analiza, no se disecciona, ni se averiguan sus claves—, ese algo no puede ser cuestionado; así, la guerra puede seguir siendo considerada «normal», «inevitable» e «inherente a todas las sociedades humanas», tal y como quieren los tópicos a los que se nos tiene acostumbrados. Y sin que sea menester comprobar si tales tópicos tienen o no razón.

• ¿Cómo se puede tratar la guerra en el aula?

En el supuesto de que aceptemos que un invitado tan incómodo como la guerra ocupe un sitio entre nosotros, deberemos plantearnos algunas cosas básicas. De hecho, van a ser las que nos planteamos siempre: con qué objetivos, cuándo y cómo vamos a trabajar con él. También como siempre, lo más importante será la finalidad con la que le hemos invitado.

El lugar que le corresponde a la guerra es el del (des)honor; es decir, permitimos que sea importante, pero no que tenga humos. Es más, lo que queremos hacer será despojarla de todos los aderezos y faralaes que acostumbra a llevar y que le cubren unas vergüenzas que procura no mostrar y que, precisamente, configuran su esencia. Sus ornamentos son muy numerosos, variados y eficaces,

y tienen el inconveniente de resultar favorecedores: el heroísmo (ligado en general a la masculinidad), la acción y la aventura, o la estrecha camaradería que rige las relaciones entre combatientes, son algunos de ellos. Seguro que nos darán mucho trabajo.

Si hablamos de objetivos, lo que nos gustaría es, seguramente, que el alumnado conozca los elementos que componen los enfrentamientos armados. Dichos elementos podrían resumirse en cuatro interrogantes: qué pasa en una guerra determinada, cómo pasa, a quién le pasa y por qué. Esto, en lo que se refiere a hechos y conceptos. En cuanto a valores y actitudes, el objetivo más importante y genérico es educar en contra de la guerra y en favor de la paz. Con tales intenciones querríamos hacer comprender y enjuiciar los hechos y conceptos elegidos, esto es, los resultados de la violencia armada (para las personas, para el medio ambiente, para el patrimonio cultural...); identificar a los sujetos que han decidido el uso de las armas y los motivos que les han inducido a ello; tener en cuenta y analizar las alternativas que se abrían ante cada decisión tomada; acostumbrarnos a pensar que siempre hay una posibilidad distinta de actuación; ayudar a ser críticos con la información que recibimos en relación con el conflicto armado que tratamos; pensar qué hubiéramos podido o qué podemos hacer nosotros para mejorar o evitar la situación. No es necesario decir que los objetivos citados son generales y que han de ser seleccionados y adaptados conforme a las circunstancias en que trabajemos.

Por lo que se refiere al *cuándo*, consideramos que no hay que hablar de las cuestiones relacionadas con los conflictos armados sólo cuando la televisión los pone de moda, sino siempre que nos parezca oportuno: por ejemplo, cuando la guerra nos ayude a explicar la realidad, o cuando el alumnado lo pida.

Finalmente, llegamos al *cómo*. Teniendo en cuenta que se trata de ayudar a comprender hechos y conceptos muy marcados por los valores, entendemos que, en este contexto, los métodos socioafectivos son los más pertinentes. Eso significa que hay que aprovechar los puntos de contacto vital, los conocimientos y los vínculos afectivos que se dan entre los hechos que queremos reflejar y la experiencia de nuestro alumnado. Los niños y niñas, por jóvenes que sean, saben de la existencia del mal, y no es necesario insistir en que los medios de comunicación de masas han conseguido familiarizar a los pequeños con la existencia de la guerra: es con eso con lo que hay que contar. Además, la guerra ha hecho y hace una buena parte de sus víctimas entre la población civil, y una porción muy representativa de ésta la componen los niños y las niñas, cuya experiencia podremos comparar con la nuestra.

Como muestra de los contenidos factuales y conceptuales de los que se puede disponer para trabajar sobre estos temas, presentamos algunos elementos básicos del impacto que causan las guerras contemporáneas en los niños y niñas procedentes de los países que las padecen y de la relación que estos pequeños mantienen con los conflictos armados.

• La guerra de los niños y las niñas

Tenía un triciclo nuevo, rojo y amarillo, con un timbre...
¿Os parece que también habrán destruido mi triciclo?
(Nedim, 5 años, refugiado de la extinta Yugoslavia, 1994).

El hecho de que afecten a la infancia es un aspecto especialmente doloroso de las guerras contemporáneas. Precisamente por su carácter impactante, los medios de comunicación presentan esta realidad con frecuencia: niños muertos por la acción de los francotiradores de Sarajevo, víctimas infantiles de las minas en Afganistán, niños soldados en Sierra Leona o en Liberia, etc.

Algunos datos básicos

- Hay millones de niños y niñas atrapados en conflictos armados.
- La mitad de las bajas civiles que producen las guerras son personas menores de edad.
- Durante la década pasada, alrededor de dos millones de criaturas murieron en situaciones de conflicto armado y cerca de seis millones resultaron gravemente heridas o quedaron discapacitadas para siempre. A otros muchos les forzaron a presenciar actos de violencia extrema o bien a participar en ellos.
- Son criaturas la mitad de los más de 57 millones de personas refugiadas o desplazadas (es decir, que han sido obligadas a abandonar su casa y a huir del lugar en el que vivían, cruzando, o no, la frontera de su país).
- En todo el mundo hay enterrados unos 110 millones de minas terrestres antipersonas, además de una cantidad indeterminada, pero muy grande, de cargas explosivas pendientes de estallar —granadas, bombas de racimo, etc.—. Este tipo de artefactos causa mutilaciones graves si estalla cerca de un niño, y puede llegar a matarlo.
- Más de 300.000 menores de 18 años son soldados. Acumulativamente, más de un millón lo han sido a lo largo de la última década. Estos cálculos no incluyen a los menores reclutados en países que no se encuentran en situación de guerra.
- En Ruanda, a finales de 1994, había más de 100.000 menores separados de su familia, si bien en mayo de 1996 se habían reunido ya más de 33.000. En septiembre de 1995 se contabilizaron 1.939 criaturas que vivían en un hogar dirigido por una persona menor de edad.
- En Ruanda, después del genocidio, aproximadamente el 80% de las criaturas había perdido a su familia inmediata y una tercera parte había sido testigo de su muerte violenta.
- En Angola, en 1995, el 20% de los niños y niñas del país se habían quedado apartados de su familia.
- En Mozambique, entre 1981 y 1998, la guerra generó 454.000 muertes infantiles más de las previstas en tiempos de normalidad.

Fuente: <www.unicef.org.>, especialmente a partir de los datos del Informe Machel (Machel, 1996).

¿Un problema nuevo?

10

En otras épocas, los niños podían ser objetivo de guerra con finalidades muy diversas: para ser vendidos como esclavos, para ser sometidos y explotados directamente en el ámbito laboral, militar o sexual, para exterminar a la población o destruir la moral del adversario, etc.

La tradición occidental presenta repetidas pruebas de tales actos: por ejemplo, según la mitología griega, Odiseo, héroe de la guerra de Troya, mandó despeñar a Astianax desde las murallas de la ciudad como símbolo de la derrota de los troyanos. Astianax —cuyo nombre significa «defensor de la ciudad»— había sido destinado a heredar la corona de Troya y era entonces todavía un niño pequeño.

También a lo largo de los siglos los niños varones han ido a la guerra desempeñando funciones menores, tales como ejercer de tambores, mensajeros o asistentes de los ejércitos.

Así pues, si los hechos mencionados se parecen bastante a lo que ocurre en la actualidad, ¿de qué nos sorprendemos?

La respuesta deberá evocar una época no muy lejana en la que las normas relativas a la forma de hacer la guerra empezaron a ocuparse de evitar que la población civil fuera el blanco de los ataques. En este sentido, las Convenciones de Ginebra, iniciadas en la década de 1860, establecieron múltiples limitaciones, que sí se han aplicado, aunque no siempre, ni en todo el mundo.

La *guerra total*, inaugurada en 1914, y las llamadas *guerras degeneradas*, propias de los tiempos que corren, han vuelto a poner a la población civil en el epicentro de los destrozos bélicos. La guerra total significó la dificultad para discriminar entre víctimas militares y víctimas civiles como consecuencia de la ampliación e intensificación de los medios de combate utilizados; e incluso incorporó la moral de la población civil como elemento importante de la capacidad de combate de un país y, por tanto, la convirtió en objetivo legítimo. Por otra parte, los métodos de extrema brutalidad empleados en algunas guerras actuales se deben, entre otras cosas, al tipo de objetivos que se plantean quienes las hacen: si lo que se quiere es, por ejemplo, expulsar a la población civil de un territorio determinado que se pretende ocupar y explotar, el terror extremo usado directamente contra ella es un método eficiente para alcanzar tal fin, porque con tales prácticas se consigue que la gente huya y deje el campo libre. La brutalidad sin nombre que ha sufrido y sufre la población civil de la región oriental de la República Democrática del Congo es un ejemplo.

El cálculo del porcentaje actual de víctimas mortales civiles oscila entre el 75% que ha contabilizado Dan Smith (2003) y el 90% que calcula Unicef, aun cuando la legislación restrictiva sigue teóricamente vigente. Los niños son una parte esencial de la población civil y constituyen, además, su sector más frágil y vulnerable.

Los niños y niñas como víctimas de las guerras

- Los niños y niñas son víctimas de la guerra de forma directa, a causa de las armas, o indirecta, como resultado de la situación general provocada por los enfrentamientos armados.
- Cuando son víctimas de las armas —bala, cuchillo, bomba, mina...—, lo pueden ser de manera casual, por el simple hecho de encontrarse en un escenario de combates, o bien intencionada, por el hecho de ser considerados objetivo de guerra, como ocurrió en el genocidio de Ruanda, cuando las milicias radicales hutus decidieron que había que «terminar con la semilla» de los tutsis; o en el caso de los enfrentamientos en los territorios palestinos ocupados, donde el Tsahal (ejército israelí) dispara deliberadamente contra los menores que se dirigen a la escuela. Hay minas antipersonas especialmente diseñadas para atraer a los niños pequeños, con formas y colores que hacen que parezcan juguetes.
- Ahora bien, la mayoría de las muertes infantiles en situación de guerra se debe a la expansión de las enfermedades y a la malnutrición que se deriva de los movimientos masivos de gente, a la falta de alimentos y agua potable, a la masificación de los campos de refugiados, a la imposibilidad de disponer de atención sanitaria, etc. Además, los servicios sanitarios son controlados a menudo por los hombres, y las mujeres y los niños apenas tienen acceso a ellos. En países empobrecidos, las tasas de mortalidad se multiplican hasta por 24, sobre todo entre los menores de cinco años.
- Los niños y niñas también son víctimas de maltratos, torturas, encarcelamiento y violación.
- Los movimientos de población y la ruptura del control social que caracterizan los tiempos de guerra propician la violencia de género: violación, prostitución y esclavitud sexual al servicio de los combatientes. De ella se derivan enfermedades de transmisión sexual, en especial el sida, y embarazos no deseados. La presencia de las fuerzas de paz también significa el incremento de la prostitución de menores.
- Los menores componen la mitad de la población refugiada o desplazada por culpa de las guerras. Muchos han quedado separados de su familia, ya sea por muerte o por las casualidades de los combates, que pueden hacer huir a la gente de una aldea, repentinamente, en cualquier dirección y sin tiempo de preparar planes de futuro.
- Los menores que van solos corren muchos más riesgos que los que cuentan con su familia. Se exponen a carencias básicas, a recibir malos tratos, a ser reclutados como combatientes por la fuerza, etc. Las familias formadas sólo por criaturas son extremadamente frágiles.

- La guerra implica, en general, la interrupción de la escolaridad, que no siempre se podrá reanudar. Las niñas son quienes más padecen esta consecuencia: de entrada, porque la guerra aumenta los peligros con los que éstas pueden encontrarse de camino a la escuela y, después, porque la ausencia de hombres y muchachos en las familias deja todas las tareas en manos de mujeres y niñas.
- La guerra representa una ruptura profunda en la forma de vida de los niños y niñas y del espacio social que los acoge. Induce a la pérdida de confianza en las personas y deja un rastro de sentimientos de miedo.

Los niños como parte activa de la guerra: niños (y niñas) soldados

Hay que leer los datos que siguen teniendo en cuenta la existencia de numerosas limitaciones para conocer en detalle la situación de los menores soldados.

■ **¿Quién puede ser considerado niño (o niña) soldado?** La Ley Humanitaria Internacional, los Protocolos —I y II— Adicionales a las Convenciones de Ginebra de 1949 y la Convención de la ONU sobre los Derechos del Niño fijan los 15 años como la edad mínima para el reclutamiento. Pero el nuevo Protocolo Opcional propone elevarla hasta los 18 años, edad en la que empieza el derecho al voto en la mayoría de los países. Reclutar a menores de 15 años es hoy, por consiguiente, un crimen de guerra, sometido a la jurisdicción del Tribunal Penal Internacional.

■ **¿Dónde hay soldados menores de 18 años?** En muchos ejércitos convencionales de países *avanzados*, como en el de Estados Unidos, en el que el reclutamiento se permite a partir de los 17, o en el del Reino Unido, en el que se alistan ya a los 16: en la guerra del Golfo de 1991 murieron británicos menores de 18 años. También hay soldados menores de edad en Austria, Brasil, Macedonia, Croacia o Chile. Igualmente se les encuentra en muchos grupos armados irregulares o rebeldes, en países en situación de guerra: la India, la República Democrática del Congo, Turquía, Angola, Colombia, Ruanda, etc. Entre ellos se incluyen niñas y algunos muy pequeños, incluso menores de 10 años.

■ **¿Por qué se reclutan criaturas como combatientes?**

- Porque las armas ligeras de que disponen los grupos armados son baratas y fáciles de adquirir, pesan poquísimas y su manejo es sencillo, incluso para críos de 10 años. La muestra paradigmática de ese tipo de artefactos es el AK47 o Kaláshnikov, un fusil de asalto de invención soviética, del cual se han fabricado centenares de millones de unidades.
- Porque es fácil manipular a los niños: son obedientes, aceptan el peligro y acatan las órdenes sin hacer preguntas. Además, en determinadas circunstancias, son capaces de actuar con extrema dureza.
- Porque las situaciones de crisis social que acompañan a una guerra dejan a los menores sin el apoyo de las personas que los protegen, y es fácil que caigan en manos de los reclutadores.
- Porque, a menudo, hay escasez de combatientes.
- Porque la *comunidad internacional* no tiene la voluntad política de evitarlo.

■ **¿Cómo se reclutan?**

- Por la fuerza: secuestrados, en una escuela, un orfanato, un campo de refugiados o un pueblo, con amenazas graves. A menudo deben pasar por un ritual de iniciación que implica una ruptura con su vida anterior: por ejemplo, deben ejercer una brutalidad extrema contra su familia o sus vecinos (véase el cuadro 1).

- De forma aparentemente voluntaria, aunque empujados por las circunstancias:
 - Para sobrevivir: «Nadie se muere de hambre con un fusil en la mano».
 - Para sentirse protegidos: las graves circunstancias de inseguridad que rodean a la población civil hacen que prefirieran la situación de combatientes.
 - Empujados por la cultura de la violencia que predomina en su contexto y prestigia a quienes van armados.
 - Por venganza: una buena parte de los combatientes que se incorporan a los grupos armados de oposición lo hacen porque ellos o sus familias han sufrido malos tratos por parte del ejército del Gobierno.

■ **¿Qué actividades desarrollan?** Se les asignan tareas complementarias, como actuar de espías, transportar material, llevar mensajes. A las niñas, la cocina, el cuidado de los heridos y, a menudo, servicios sexuales. Pero también se les destina al campo de batalla. La preparación para los combates es corta, y muchos desconocen los peligros reales de las situaciones a las que se les aboca. Para reducir su miedo, se les incita a consumir drogas y alcohol. Una vez acostumbrados a estas sustancias y cuando han generado una dependencia hacia ellas, la provisión de drogas se condiciona a la obediencia. Por el hecho de ser combatientes se les encarcela cuando caen en manos del enemigo, a pesar de que la legislación internacional lo prohíbe. Durante la guerra Irán-Irak (1980-1988) se utilizó a niños para localizar los campos minados. Muchos de ellos murieron.

..... **CUADRO 1**

EL SECUESTRO DE UN NIÑO PARA CONVERTIRLO EN SOLDADO

«La mujer corría hacia mí gritando y sacudiendo los brazos mientras las lágrimas le corrían por la cara. Era una mañana helada de noviembre, y yo estaba en un campo de refugiados en Turanj, una ciudad pequeña y bombardeada situada en la frontera entre Bosnia y Croacia. Pasado un momento, la mujer dio un grito que parecía una especie de maldición y de repente cayó como si estuviera muerta.

»Yo no podía entender qué había hecho para inspirarle semejante reacción. Un soldado polaco de la ONU que comprendía el serbocroata se me acercó y me explicó que la mujer no estaba irritada conmigo sino que buscaba desesperadamente la ayuda de la única periodista que se había presentado en el campo desde hacía días.

»La noche anterior, soldados de las tropas de Fikret Abdic habían llegado al campo en busca de nuevos reclutas. Abdic era un empresario bosnio y un capitoste militar que, a pesar de ser musulmán, se había separado del Gobierno de Sarajevo y hacía una guerra dentro de la guerra en el Noroeste de Bosnia. Los combates no iban bien, y necesitaba todos los combatientes que fuera capaz de reunir.

»La mujer ya había pagado tributo a la causa sospechosa de Abdic. Tanto su marido como sus dos hijos mayores habían muerto en los combates de meses anteriores. Ahora, los combatientes le habían quitado a su hijo pequeño. Lo cogieron y lo metieron en una furgoneta que se disimulaba con la insignia de la Cruz Roja. El chico no tenía más que catorce años. Cosas como ésa pasaron durante toda la guerra de Bosnia...».

Fuente: Anna Cataldi, «Child Soldiers», en Roy Gutman y David Rieff (comps.), *Crimes of War: What the Public Should Know*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1999, 76.

Anna Cataldi, italiana, es periodista.

.....

■ **¿Cómo viven su dedicación a la lucha armada?**

- Las experiencias son muy variadas, según el contexto cultural y el tipo de conflicto de que se trate. En algunos casos estudiados (Palestina, el IRA irlandés), ser combatientes les hace sentirse necesarios e importantes, en compañía de héroes.
- A veces encuentran más apoyo y acogida dentro del grupo armado que en su situación anterior; pero en muchas ocasiones soportan circunstancias durísimas, marcadas por el castigo, las amenazas y la violencia extrema (véase el cuadro 2).

..... **CUADRO 2**

NIÑOS ASESINOS

«Los milicianos krahn, una banda de unos doscientos, avanzaban por la calle mayor. Iban armados de AK47, machetes, arpones de pesca e instrumentos de cocina, y tenían como objetivo tomar a la milicia NPFL de Charles Taylor el barrio lujoso de Mamba, a la orilla del mar. Era abril de 1996, y Monrovia, la capital de Liberia, se había hundido en el caos. Habían muerto miles de personas y decenas de miles habían huido muertos de miedo. Un comandante oyó un ruido dentro de un edificio. "¿Qué es esto?", bramaron exaltados los soldados. Sacaron de su escondrijo en el segundo piso a un hombre desarmado. Nosotros lo considerábamos un vigilante que hacía todo lo posible para huir de las complicaciones, pero, para los krahn, era un enemigo.

»En un momento, un grupo de diez soldados lo perseguía como si fuera un animal. Lo rodeaban mientras le clavaban bayonetas hasta que, sangrando a chorro, ya no pudo resistir más. El vigilante, un hombre tranquilo pero fuerte, no duró mucho. Pronto le dispararon a la espalda con una pistola y, mientras yacía moribundo, algunos soldados hacían turnos para clavarle en la espalda un cuchillo de carnicero de un palmo.

»Quizá la última imagen que tuvo antes de resbalar hacia la muerte fue la de Double Trouble, un soldado de nueve años vestido con una camiseta de talla demasiado grande y de un rojo descolorido y calzado con sandalias, que se había apropiado del cuchillo y guardaba turno para clavárselo entre los hombros. Cogió una botella vacía de coca-cola y la rompió en la cabeza del moribundo a modo de "tiro de gracia". Double Trouble se quedó allí de pie y miraba a su alrededor en espera de la aprobación de sus compañeros. Igual que si terminara de marcar un gol. Resultado, 1-0. Se lo cargaron a hombros y lo vitorearon.

»"¿Dónde está tu madre?", le pregunté cuando la batalla hubo terminado. Tenía una cara suave e infantil y arrugó el entrecejo antes de responder: "Está muerta". "¿Y tu papá?". "También está muerto. Todos han muerto". "¿Cuántos años tienes?", le pregunté. "Soy bastante mayor para matar a un hombre", me contestó.

»Double Trouble. Uno de los miles de niños soldados de Liberia. La mayoría han sufrido más pérdidas y más dolor antes de los ocho años que nosotros en toda una vida. Muchos vieron cómo les mataban a sus padres delante de ellos o, aún peor, los forzaron a matar a personas a quienes querían como perverso ritual de iniciación. Pero todos los críos necesitan una familia y la milicia pronto se convirtió en la suya».

Fuente: Corinne Dufka, «Children as Killers», en Roy Gutman y David Rieff (comps.), *Crimes of War: What the Public Should Know*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1999, 78-79.

Corinne Dufka es una fotoperiodista estadounidense.

.....

La excepción: felicidad infantil en tiempos de guerra

Siempre que no se vean afectados de manera directa —condición indispensable—, las situaciones de guerra pueden proporcionar a los niños y niñas posibilidades de diversión que no siempre se tienen en cuenta:

- La guerra significa una ruptura de la normalidad: muchas novedades, encuentro con personas desconocidas (quizá incluso con personajes de altos vuelos), nuevos paisajes...
- El hecho de que los adultos no se dediquen a ellos les da más libertad para disponer de su tiempo a su manera.
- Probablemente tampoco habrá escuela, y eso resulta a menudo atractivo, aunque más adelante represente un serio inconveniente.
- Hay buenas ocasiones para sentirse útil e importante, por ejemplo, ayudando a encontrar alimentos para la familia.

El día siguiente

Las secuelas de la guerra no acostumbran a ser buenas —por lo menos para la mayoría—; y los peores efectos no son siempre los más visibles, como la destrucción de casas, escuelas o carreteras, sino que perviven escondidos en el corazón de las personas.

El hecho de que los niños se vean afectados en pleno período de crecimiento, tanto físico como emocional, puede dejar huellas negativas duraderas e incluso permanentes. Con asistencia especializada, las víctimas infantiles pasivas de la guerra pueden reencontrar el equilibrio psicosocial con más facilidad que las que han cometido actos de violencia.

Podemos identificar algunas secuelas de tipo general:

- Privados de escolarización, los niños y niñas perjudicados por la guerra tendrán menos oportunidades profesionales.
- Desarraigados de su contexto habitual, quizá en territorio desconocido y/o sin familia, se sentirán desposeídos de muchas cosas necesarias, desde las referencias hasta el afecto.
- Las mutilaciones no pueden ser siempre compensadas con una prótesis —y, en edad de crecimiento, las prótesis deben ser renovadas con frecuencia—.
- La experiencia de la violación o de la servidumbre sexual es difícil de superar, y más en caso de falta de apoyo emocional.
- El miedo deja un recuerdo muy vivo durante mucho tiempo.
- La presión inherente a una época de guerra, el hecho de tener que velar por la propia supervivencia y quizá también por la de las personas cercanas, puede dar paso a una depresión cuando la tensión se relaja.
- La separación y la exposición a la violencia acarrearán daños psicológicos duraderos.

A los niños y niñas soldado les puede resultar muy difícil el regreso a su casa y a su comunidad, si se marcharon de ella después de un ritual de iniciación consistente en matar a alguno de sus miembros. Tampoco cuentan con otra formación que no sea la del combate. Las drogas les habrán marcado, y lo que hayan hecho y visto, todavía más. Las referencias de la lucha armada ya no sirven cuando la guerra ha terminado, pero ellos (y ellas) no tienen otras (Smith, 2003).

A veces, aunque no siempre que es menester, instituciones especializadas intervienen en ayuda de los menores afectados por la guerra y, aparte de proveerlos de asistencia material, los estimulan para que expresen sus sentimientos y emociones a través de la pintura, la redacción de historias o

de poemas, etc. El poema que muestra el cuadro 3 lo escribió una niña bosnia de nueve años, llamada Mirsada Salihovic.

..... **CUADRO 3**

POEMA DE MIRSADA SALIHOVIC, NIÑA BOSNIA DE NUEVE AÑOS

Si tuviera una máscara

Si yo tuviera una máscara, querría que fuera de verdad.
Me gustaría una máscara que tuviera forma de sol.
Entonces, los días fríos del invierno, me la podría poner
en la cara y calentar a mi hermana y a todos los niños
que tienen frío.
Si tuviera una máscara de sol, entonces podría ponerme encima
de Bosnia y podría calentar a mi gente y a todos
los niños, y a mi padre, y aún más.
Si mi deseo se hiciera realidad, que yo fuera el sol de verdad,
¡mi máscara me dejaría ver a papá!

Fuente: Julie Mertus y otros (eds.), *The Suitcase: Refugee Voices from Bosnia and Croatia*, Berkeley, University of California Press, 1997, 151.

.....

• **Para terminar**

La agresión estadounidense y británica contra Irak es un ejemplo reciente, espectacular y mediático de la decisión de recurrir a las armas para alcanzar objetivos políticos y económicos, adoptada por alguien que está convencido de que su fuerza le va a permitir que el precio que se ha de pagar sea módico.

La justificación del ataque y de la posterior ocupación se ha construido sobre una serie de falsedades, ocultaciones y tergiversaciones cada vez más patentes. No hace mucho, la novelista estadounidense Sara Paretsky decía: «En esta época tengo la impresión de caminar dentro de una nube tóxica hecha no de virus o de radiaciones, sino de mentiras».

Esa nube de mentiras esparcidas de forma masiva por los políticos y voceadas por los medios de comunicación tiene una finalidad primordial: provocar miedo, un miedo difuso y omnipresente que recuerda los tiempos de la guerra fría. El enemigo soviético ha sido sustituido por otro mucho más inconcreto e intangible llamado terrorismo. Uno de los objetivos del miedo es convencer al electorado de la necesidad de ese tipo de guerra preventiva inacabable y de alcance ilimitado, una de cuyas funciones consiste en escamotear de la escena pública los problemas que de verdad afectan a la población.

Parece como si el destino de la racionalidad, el de las normas de actuación compartidas por los Estados y de la consideración del uso de las armas sólo como último recurso fuera el de ser expulsadas del escenario internacional para ceder un lugar (todavía más) preferente a la fuerza. Si a todo ello añadimos el hecho de que en nuestro país se ofrece apoyo oficial a esta posición y se abona la hostilidad, el panorama no parece muy seductor.

Es sabido que la escuela no se hizo para cambiar el mundo ni para hacer frente, por sí sola, a la embestida de los valores bélicos; que la amenaza del regreso a oscuridades propias del pasado es

real, y que el prestigio e influencia de la escuela es mucho menor que el de los *mass media*, ante los cuales ésta se encuentra «cautiva y desarmada», como decía Fabricio Caivano. A pesar de todo, o mejor dicho, justamente por ello, conviene insistir en la opción de educar en contra de la guerra y en favor de la paz. Ahora, precisamente.

Fuentes informativas: una selección

La guerra y su historia

HOWARD, Michael (2001): *La invención de la paz: reflexiones sobre la guerra y el orden internacional*, Barcelona, Salvat.

KEEGAN, John (1995): *Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta.

REGAN, Geoffrey (1989): *Historia de la incompetencia militar*, Barcelona, Crítica.

La violencia humana

MONTAGU, Ashley (1990): *La naturaleza de la agresividad humana*, Madrid, Alianza Editorial.

SANMARTÍN, José (2000): *La violencia y sus claves*, Barcelona, Ariel.

Las guerras actuales

GUTMAN, Roy, y David RIEFF (comps.) (1999): *Crimes of War: What the Public Should Know*, Nueva York, W.W. Norton & Company. (Trad. esp.: *Crímenes de guerra. Lo que la gente debería saber*, Madrid, Debate, 2003).

KAPUSCINSKI, Ryszard (1992): *La guerra del fútbol y otros reportajes*, Barcelona, Anagrama.

PANOS INSTITUTE (1995): *Armas para luchar, brazos para proteger. Las mujeres hablan de la guerra*, Barcelona, Icaria.

SMITH, Dan (2003): *Atlas des guerres et des conflits dans le monde*, París, Autrement.

Educación para la paz

BASTIDA, Anna (1994): *Desaprender la guerra. Una visión crítica de la educación para la paz*, Barcelona, Icaria.

CASCÓN, Paco (2001): *Educación en y para el conflicto*, Barcelona, Escuela de Cultura por la Paz, Universidad Autónoma de Barcelona, <www.pangea.org/unescopau>.

FISAS, Vicenç (1998): *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Barcelona, Icaria.

LEDERACH, John Paul (2000): *El abecé de la paz y los conflictos*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

SASTRE, Genoveva, y Montserrat MORENO (2003): *Resolución de conflictos y aprendizaje emocional. Una perspectiva de género*, Barcelona, Gedisa.

Materiales didácticos

- BASTIDA, Anna (2003): *Els conflictes bèl·lics*, Vic, Eumo Editorial/Forum 2004. (Propuestas de trabajo y guía didáctica).
- Paco CASCÓN y Rafael GRASA (1997): *Hazañas bélicas*, Barcelona, Intermón. (Cuaderno de trabajo y guía didáctica para Secundaria).
- SÁEZ, Pedro (2002): *Guerra y paz en el comienzo del siglo XXI*, Madrid, CIP. (Propuestas de trabajo y guía didáctica).

Sobre la guerra de los niños (y de las niñas)

Bibliografía específica

- COHN, Ilene, y Guy GOODWIN-GILL (1997): *Los niños soldados*, Madrid, Editorial Fundamentos/Cruz Roja Juventud.
- MACHEL, Graça (1996): *Impact of Armed Conflict on Children*, Nueva York, Unicef.
- MIRALLES, Fátima, y José María CABALLERO (2002): *Yo no quería hacerlo. Los niños forzados a ser soldados en Sierra Leona se expresan a través del dibujo*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.
- ROSENBLATT, Roger (1983): *Children of War*, Nueva York, Anchor Press/Doubleday.
- SEDKY-LAVANDERO, Jéhanne (1999): *Ni un solo niño en la guerra*, Barcelona, Icaria.

Páginas en la Red

- COALITION TO STOP THE USE OF CHILD SOLDIERS: <www.child-soldiers.org>.
- CRUZ ROJA: <www.icrc.org>.
- CRUZ ROJA Y MEDIA LUNA ROJA: <www.ifrc.org>.
- NIÑOS DE LAS GUERRAS ACTUALES (en lengua catalana): <www.xtec.es/%7Exripoll/gc/gc8.htm>.
- SAVE THE CHILDREN SUECIA: <www.rb.se/sv>.
- UNICEF (Fondo Internacional de las Naciones Unidas para la Ayuda a la Infancia): <www.unicef.org>.

Literatura (dos historias protagonizadas por niños soldados africanos)

- DONGALA, Emmanuel (2003): *Johnny perro malo*, Barcelona, El Cobre.
- KOUROUMA, Ahmadou (2001): *Alá no está obligado*, Barcelona, El Aleph.

Dibujos y poemas de niños y niñas víctimas de la guerra

- UNICEF (1995): *Sueño con la paz. Imágenes de la guerra por niños y niñas de la antigua Yugoslavia*, Madrid, Unicef.

Fotografías

- SÁNCHEZ, Gervasio (1998): *Vidas minadas*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- (2000): *Niños de la guerra*, Barcelona, Blume.

Cuadernos Bakeaz • Educación para la paz

- Xabier Etxeberria, *Antirracismo*. Ref.: CB02.
Xabier Etxeberria, *Sobre la tolerancia y lo intolerable*. Ref.: CB04.
Xesús R. Jares, *Los sustratos teóricos de la educación para la paz*. Ref.: CB08.
Juan José Celorio, *La educación para el desarrollo*. Ref.: CB09.
Angela Mª Da Silva Gomes, *Educación antirracista e interculturalidad*. Ref.: CB10.
Pedro Sáez Ortega, *La educación para la paz en el currículo de la reforma*. Ref.: CB11.
Xabier Etxeberria, *Objeción de conciencia e insumisión*. Ref.: CB13.
Xabier Etxeberria, *Ética de la desobediencia civil*. Ref.: CB20.
Luis Alfonso Aranguren Gonzalo, *Educación en la reinención de la solidaridad*. Ref.: CB22.
Xabier Etxeberria, *“Lo humano irreductible” de los derechos humanos*. Ref.: CB28.
Xesús R. Jares, *Educación y derechos humanos*. Ref.: CB29.
Xabier Etxeberria, *La educación ante la violencia en el País Vasco*. Ref.: CB31.
Xabier Etxeberria, *La no violencia en el ámbito educativo*. Ref.: CB37.
Martín Alonso, *Universales del odio: resortes intelectuales del fanatismo y la barbarie*. Ref.: CB40.
Xabier Etxeberria, *Ignacio Ellacuría: testimonio y mensaje/Ignacio Ellacuría: testigantza eta mezua*. Ref.: CB47.
Xesús R. Jares, *Educación para la paz después del 11/09/01*. Ref.: CB49.
Johan Galtung, *Conflicto, guerra y paz, a vista de pájaro. Y cómo los aborda el grueso de los políticos y periodistas*. Ref.: CB54.
Carmen Magallón, *Las mujeres como sujeto colectivo de construcción de paz*. Ref.: CB61.



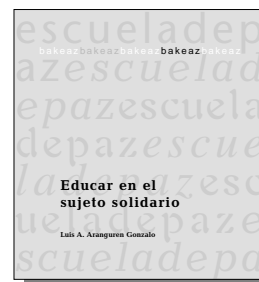
Serie General



- Kepa Aulestia, Xabier Etxeberria, Carlos Martínez Gorriarán y Demetrio Velasco, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen I. Ref.: SG04.
Aurelio Arteta, Demetrio Velasco e Imanol Zubero, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen II. Ref.: SG05.
Antonio Beristain, Xabier Etxeberria, Tomás Fernández Aúz y José María Mardones, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen III. Ref.: SG06.
Leah Levin, *Derechos humanos: preguntas y respuestas*. Ref.: SG07.
Gabriel Pons Cortès, *El naufragio. Un análisis de las estrategias de desarrollo económico de las ONGD*. Ref.: SG10.
Carlos Gómez Gil, *Oportunidades perdidas. El estado de la Ayuda Oficial al Desarrollo en España*. Ref.: SG11.
Xabier Etxeberria, *La educación para la paz ante la violencia de ETA*. Ref.: SG12.
Martín Alonso, *Universales del odio. Creencias, emociones y violencia*. Ref.: SG13.

Escuela de Paz

- Xesús R. Jares, *La educación para la convivencia como proceso de alfabetización en conflictos. Propuestas de formación*. Ref.: EP01.
Susana Fernández Sola, *Actitudes y comportamientos hacia la educación para la paz en Euskadi*. Ref.: EP02.
Pedro Sáez Ortega, *El otro en la construcción de una cultura de paz*. Ref.: EP03.
Luis A. Aranguren Gonzalo, *Educación en el sujeto solidario*. Ref.: EP04.
Juan José Celorio, *Educación para la paz y el desarrollo en épocas de globalización*. Ref.: EP05.
Anna Bastida, *Educación para la paz desde la guerra*. Ref.: EP06.



Este trabajo pretende inducir a la reflexión sobre los objetivos de la educación para la paz y, de forma específica, sobre el enfoque de esta materia en el análisis de los fenómenos bélicos. Para ello sintetiza algunas ideas acerca de la naturaleza de la guerra y, a continuación, presenta datos y hechos muy básicos referidos a la incidencia de las guerras actuales en la existencia de los niños y las niñas que las sufren, con el fin de que los educadores puedan utilizar el presente material en sus aulas.

Anna Bastida es profesora del Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Universidad de Barcelona y, con anterioridad, ejerció la docencia en Educación Secundaria. Sus intereses profesionales se centran en el ámbito de la formación de formadores, especialmente en lo concerniente a la realidad social estrictamente contemporánea y en el campo de los ejes transversales del currículo.